Domingo 18 de diciembre de 1994

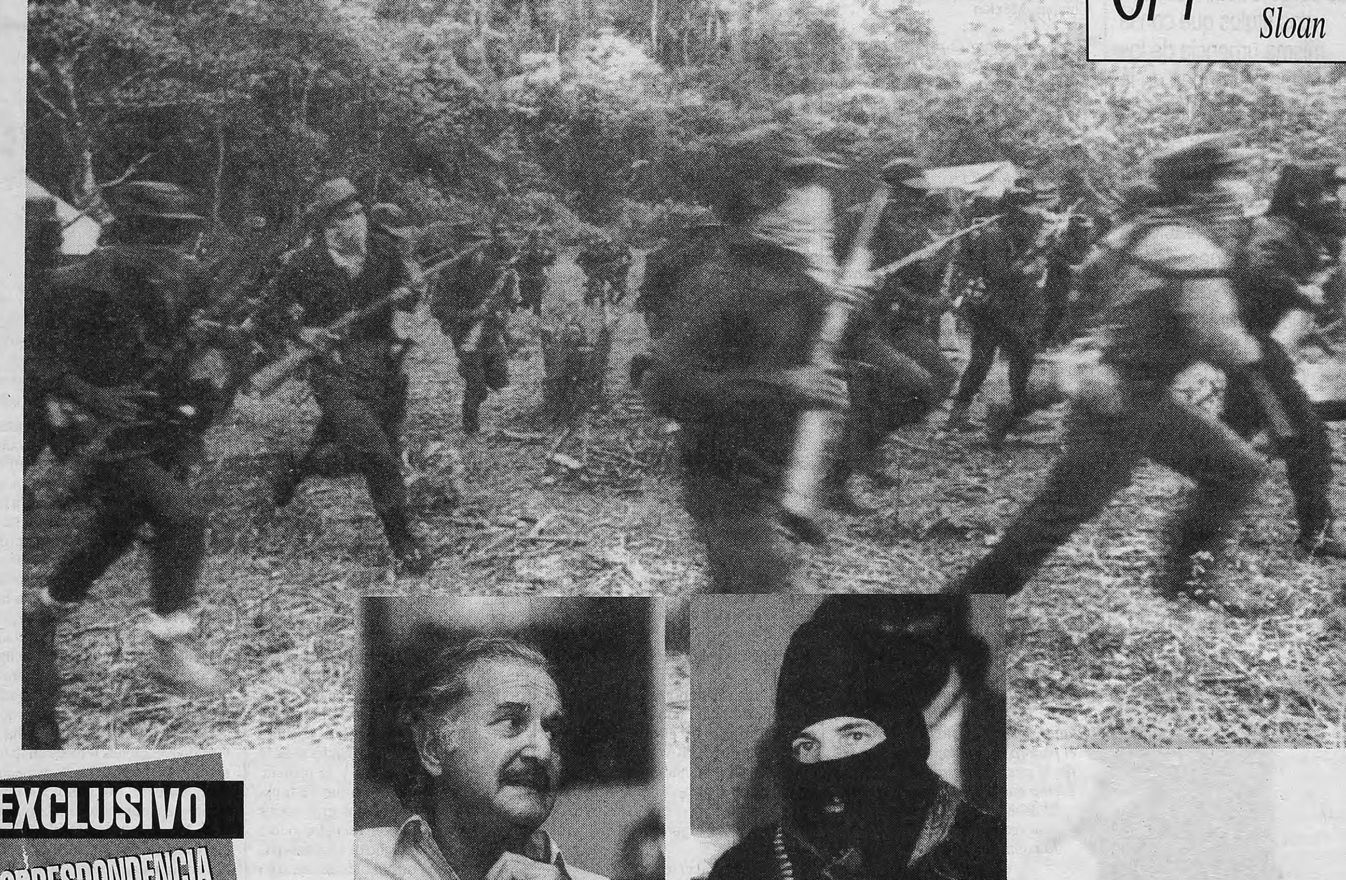
PRIMER PLANO/

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

LA GUERRA DESDE EL JARDIN: EL ESCANDALO DE JERZY KOSINSKI,

6/7 *por James Park Sloan*



EXCLUSIVO

LA CORRESPONDENCIA ENTRE CARLOS FUENTES Y MARCOS, EL SUBCOMANDANTE ZAPATISTA

DIALOGO DEL GUERRILLERO Y EL NOVELISTA

Para México, 1994 fue el año más convulsionado desde la revolución. El alzamiento en Chiapas, el asesinato de líderes políticos, la inquietud económica y un complicado proceso electoral fueron algunos de los temas que marcaron la construcción de una nueva realidad mexicana. Este "Nuevo tiempo mexicano", según define desde el título, es el candente material que el gran narrador y ensayista Carlos Fuentes analiza en su último libro. En las páginas 2/3 se anticipa el volumen con la correspondencia entre el escritor y el subcomandante Marcos.

FICCIONES EN LA HISTORIA,

8 *por Miguel Russo*

CARLOS FUENTES
NUEVO
TIEMPO
MEXICANO
NUEVO SIGLO
AGUILAR

EL DIALOGO ENTRE EL SUBCOMANDANTE MARCOS Y

ENTRE LAS BALAS Y

"Nuevo tiempo mexicano", de Carlos Fuentes, y "Sorpresas te da la vida", de Jorge Castañeda, son dos títulos que con la misma urgencia de los tiempos se ocupan de la agitada vida política de México y que Aguilar distribuye en estos días. Desde el Ejército Zapatista de Liberación Nacional hasta las elecciones, desde el asesinato de líderes políticos hasta la antimexicana resolución 187 votada en California, los textos reflexionan con gran lucidez sobre un proceso que no sólo incumbe a los mexicanos. En estas páginas se anticipa el volumen de Fuentes junto con un análisis de Mario Wainfeld.

El subcomandante Marcos en San Cristóbal, Chiapas, en enero de este año.

Ejército Zapatista de Liberación Nacional,
México, 27 de junio de 1994.

Para: Carlos Fuentes
México
De: Subcomandante Insurgente Marcos
Montañas del Sureste Mexicano
Chiapas, México

"De inmediato se perciben varias tensiones. Una es la continuidad de la lucha social en México: la revolución mexicana (...) en realidad comenzó un día después de la caída de los aztecas ante el conquistador Hernán Cortés. La segunda es la tensión, dentro de esa continuidad, entre el dinamismo de la modernización y los valores de la tradición. Esto implica, en cada etapa de la historia de México, un ajuste entre el pasado y el presente cuyo rasgo más original es la admisión de la presencia del pasado. Nada parece estar totalmente cancelado por el futuro en la experiencia mexicana: formas de vida y reclamos legales que datan de la época de los aztecas o de los siglos coloniales son aún relevantes en nuestros tiempos.

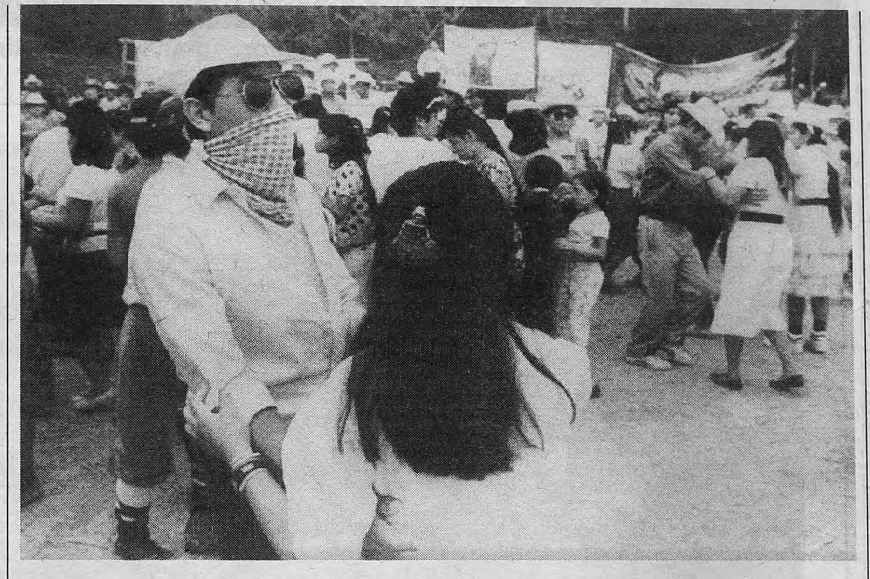
(...) Casi setenta años después de la muerte de Zapata, México enfrenta de nuevo una crisis y la necesidad de un cambio. Un enorme desarrollo ha tenido lugar simultáneamente con una gran injusticia. Otra vez México debe buscar las soluciones a su modernización económica en la modernización política. La sociedad, como en 1910, ha rebasado a las instituciones. Pero, una vez más, la modernización no puede alcanzarse a costa de las pequeñas comunidades agrarias, el mundo olvidado de Villa y Zapata (...)si México ha de lograr un crecimiento constante, debe, al menos, permitir que el poderoso Estado central entienda el pacífico desafío de autogobierno que se plantea desde abajo.

El aspecto cultural se convierte una vez más en relevante, ya que la continuidad de la historia de México implica un esfuerzo para admitir la presencia del pasado, uniendo la tradición con el desarrollo."

Carlos Fuentes. Prólogo a *El México revolucionario*, de John Mason Hart, Alianza Editorial Mexicana, México, 1990.

No sé cuándo haya escrito usted esas líneas, pero bien valen para este año que nos persigue.

Por causas y azares diversos me veo a mí mismo escribiéndole a usted esta carta. Me veo a mí mismo buscando las palabras, las imágenes, los pensamientos necesarios para tocar en usted lo que de pasado y futuro sintetiza su quehacer cultural y político.



Me veo a mí mismo en el empeño de convencerlo a usted de que esa nueva crisis y esa necesidad de cambio, que acarician y cohíben en el aire mexicano, necesitan de su mirada, de su palabra. Me veo a mí mismo sin rostro, sin nombre, dejando a un lado armas y toda la parafernalia militar que nos oprime, tratando de hablarle de hombre a hombre, de esperanza a esperanza.

Sé bien los temores y desconfianzas que arrancan nuestros pasos desde el amanecer del año, sé bien los escepticismos que provocan nuestro torpe discurso y su anonimato, nuestras armas y el despropósito de hacernos, a tiro, un lugar en eso que los libros de texto escolar alguna vez llamaron "PATRIA".

Pero debo hacer todo lo posible para convencerlo a usted de que, para que las armas callen, deben hablar las ideas, y deben hablar fuerte, más fuerte que las balas. Debo convencerlo a usted no sólo de que no podemos, solos, sostener esta bandera que, con sangre indígena, volvió a ondear sobre nuestro suelo. Debo convencerlo, además, de que no queremos sostenerla solos, que queremos que otros, mejores y más sabios, la alcen con nosotros. Debo convencerlo de que, a la larga noche de ignominia que nos oprimió todas estas décadas ("¿Cómo va la noche?" pregunta Macbeth, y Lady Macbeth sentencia: "En lucha con la mañana, mitad por mitad"), no se sigue necesariamente un amanecer, de que a la noche bien puede seguirle otra noche larga si no le damos término, con la fuerza de la razón, ahora.

Sé que suena paradójico que una fuerza armada, anónima e ilegal, esté llamando al fortalecimiento de un movimiento civil, pacífico y legal para lograr la apertura definitiva de un espacio democrático, libre y justo en nuestro país. Sé que puede parecer absurdo, pero coincidirá usted conmigo que si algo distingue a este país, a su historia y sus gentes, es esa absurda paradoja de contrarios que se encuentran (chocando sí, pero se encuentran), en pasado y futuro, tradición y modernidad, violencia y pacifismo, militares y civiles. Nosotros, simplemente, en lugar de tratar de negar o justificar esta contradicción, la hemos asumido y la hemos reconocido y tratamos de subordinar nuestro andar a su no tan caprichoso dictado.

En fin, yo lo que quería era invitarlo a usted a la Convención Nacional Democrática. Sí, una convención de civiles, convocada por militares (revolucionarios, pero militares al fin). Sí, una convención pacífica, convocada por violentos. Sí, una convención que insista en la legalidad convocada por ilegales. Sí, una convención de hombres y mujeres con nombre y rostro, convocada por seres de rostro negado e innombrables. Sí, una convención paradójica, coherente con nuestra historia pasada y futura. Sí, una convención que levante las banderas que ya ondean en tierras extranjeras y se niegan a nuestro suelo, las banderas de la democracia, la libertad y la justicia. Eso quería yo, invitarlo a que asista usted. Nosotros tendríamos gran honor en recibirlo y todos en escucharlo. No podemos decir mucho de nosotros para responder a razonables dudas, sólo le decimos que somos mexicanos (como usted), que queremos democracia (como usted), que queremos libertad (como usted), que queremos justicia (como usted). ¿Qué de malo tendría un encuentro entre mexicanos así? ¿Absurdo y paradójico? Lo sé, ¿hay algo que no lo sea en este país?

Vale, señor Fuentes, sentimos que no podemos dar este paso sin haber, cuando menos, intentado darlo junto a mexicanos como Carlos Fuentes. Ignoro si logré invitarlo, mucho menos si logré convencerlo. Sé también que, deseando asistir, podría no tener usted tiempo de darse una vuelta por esta esquina mexicana. Como quiera que sea, salud al hombre de letras, al diplomático, al científico, pero, sobre todo, salud al mexicano.

Desde las montañas del Sureste Mexicano

<u>**SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS**</u>

* * *

5 de julio de 1994

Para el Subcomandante Marcos,
en las montañas de Chiapas.

Estimado amigo:

Su carta me obliga a múltiples reflexiones. La primera es el debate sobre lo viejo y lo nuevo, la tradición y la modernidad, que cita usted de arranque.

La primera deuda que yo tengo con ustedes es que nos hicieron pensar de nuevo qué entendemos por modernidad. ¿Una modernidad excluyente, que deja a la vera del camino a quienes no son capaces de sumarse a la carrera hacia el progreso? Pero a su vez, ¿qué es el progreso si no hace progresar a la mayoría de los ciudadanos de un país? ¿Y qué es el progreso sin la tradición que lo nutra? ¿Puede haber futuro vivo con pasado muerto? ¿O debemos repensar una modernidad incluyente, que no deje fuera ninguna aportación posible para un futuro verdadero, es decir un futuro cargado de pasado, de experiencia, de memoria?

La insurgencia chiapaneca ha provocado reacciones feroces en muchos medios mexicanos. He escuchado voces que dicen: "Los indios son un obstáculo para el progreso y la modernidad". El corolario inevitable: "Hay que exterminarlos". Con humor macabro, oí a una persona decir: "En México sobran cincuenta millones de personas. Si sólo fuéramos treinta milloncitos, ya seríamos un país del primer mundo".

Ustedes han venido a recordarnos que nuestra modernidad los incluye a ustedes. No como imitación de nosotros, sino como ustedes mismos, como lo que ustedes son. Las culturas indígenas de México quizás estén destinadas a desaparecer en el proceso mayor del mestizaje. Pero mientras eso ocurre, si es que ocurre, y en la medida en que vaya ocurriendo, hay que respetar culturas que son nuestras porque viven con nosotros, aportándonos valores que acaso sean superiores y sin duda son necesarios, para enriquecer nuestra menguada idea de la modernidad y el progreso.

Fernando Benítez, a quien usted debería invitar también, lo ha visto mejor que nadie. Las culturas aborígenes de México le dan un valor al mundo ritual y mítico, a la muerte, al cuidado de la naturaleza, al sentido de la comunidad y a la capacidad de autogobierno, que quizás nuestra modernidad a medias requiera para ser un poco más completa.

Ustedes han completado nuestra modernidad: nuestro vivir con más plenitud en el presente. Completan también nuestra idea del progreso. Ustedes me han hecho ver que hay dos realidades chiapanecas y, por extensión, nacionales. Hay la comunidad histórica, humillada desde hace quinientos años, a donde llegó, para quedarse, la conquista, pero nunca pasó,

CARLOS FUENTES APARECE EN “NUEVO TIEMPO MEXICANO”

LAS IDEAS

sino como ráfaga, la Revolución. Chiapas de la explotación y la miseria seculares ha hablado.

Pero también ha hablado, con una intuición extraordinaria, un Chiapas del futuro, inserto en uno de los problemas más agudos de la llamada “aldea global”. Ustedes se dieron cuenta –y su intuición, lo repito, me abre los ojos– de que muy pronto, en un proceso de integración mundial que, dejado a la mano de Dios, sacrifica sin pestañear a millones de trabajadores en aras de la eficiencia, la productividad y los beneficios para unos cuantos, ustedes, los explotados de Chiapas, iban a ser algo peor que explotados. Iban a ser marginados, olvidados, dejados a su suerte.

Con razón la extraordinaria periodista Alma Guillermoprieto ve en ustedes pioneros, hombres y mujeres de frontera, vanguardia que, antes que nadie en México, ha dado la voz de alarma: cuidado. Vamos de la explotación a la marginación. La explotación, al menos, genera salario. La marginación sólo genera abandono y muerte.

Alguien tenía que levantar la voz, presentar las peticiones, unir los reclamos ancestrales a los más modernos. La tierra pero también el crédito, la tecnología, la escuela, el transporte, el acceso a los mercados y sobre todo la justicia, la impartición de justicia, el fin de ese desolador sentimiento de que, en México, la justicia carece de techo.

Todos estos reclamos, hace unos cuantos años, habrían sido marcados con el fierro candente del anticomunismo. Ustedes son los primeros actores del poscomunismo en el Tercer Mundo. Sus aspiraciones ya no pueden ser ocultadas o pervertidas como parte de una conspiración soviética mundial. Sólo los náufragos de la Guerra Fría, que se han quedado sin enemigos maniqueos, pueden creer esto. Ahora, los problemas sociales hay que enfrentarlos sin excusas ideológicas. En 1968, Díaz Ordaz exterminó en nombre del anticomunismo a los estudiantes; los problemas de México eran quimeras, inventos de “los filósofos de la destrucción”. En 1994, Salinas de Gortari admite que los problemas de México son responsabilidad de los mexicanos y, en vez de exterminar, dialoga. Denle por lo menos este reconocimiento a Salinas y abandonen su absurdo reclamo de que renuncie. La ruptura de los tiempos constitucionales no beneficia a nadie, salvo a los dinosaurios del PRI.

Es más: ustedes nos dijeron a todos los mexicanos que las aspiraciones de sus comunidades sólo podían obtenerse mediante el ejercicio de la democracia. Y la democracia siempre es, ante todo, local. Ustedes tienen el derecho de elegir a sus compañeros, a sus amigos, a las personas que merecen su confianza. Ustedes no tienen por qué sufrir la humillación de que el centro autoritario les imponga gobernadores cuya misión es apoyar a quienes los explotan a ustedes en Chiapas.

Todo esto les debemos y algo más: habernos recordado todo lo que habíamos olvidado. Incluso el olvido de nosotros mismos.

¿Tenían ustedes que tomar las armas para lograr todo esto? Yo insistiré en que no. Yo insistiré en que se sigan hasta agotarse las vías del derecho y, cuando se agoten, buscar nuevas vías políticas. La política y el derecho, si se ejercen con imaginación, son inagotables. Ustedes, me parece, tienen la prueba en la excelente gestión de Manuel Camacho Solís como Comisionado para la Paz en Chiapas. Negar el éxito de su misión es negar el éxito de la vía política y reabrir, peligrosamente, la tradición de la política oficial en Chiapas, la represión.

¿No tenían ustedes más camino que las armas? Yo insistiré en que sí. Pero yo no soy un campesino indígena chiapaneco. Quizás no tengo la claridad mental o la experiencia necesarias para meterme en la piel de ustedes y sentir lo que ustedes sienten. Ya lo ha dicho, estupendamente, Carlos Monsiváis: “Cuando los débiles se rebelan, lo llamamos violencia. Pero cuando los poderosos ejercen la violencia, lo llamamos impunidad”. Yo voto porque nuestro país encuentre vías que cierren el paso a la violencia, que no hagan necesaria una acción como la que ustedes iniciaron el 1º de enero.

Ya no vale discutir si pudieron ustedes seguir otro camino. Es como ponerse a discutir si debió o no llover anoche o si esta mañana salió el sol. Lo importante, señor subcomandante, es sumar fuerzas ahora para que la vía que ustedes eligieron no tenga que repetirse. Pero ello, lo sabemos ya todos, implica una mutua responsabilidad política: democracia en Chiapas para que haya democracia en México y democracia en México para que haya democracia en Chiapas.

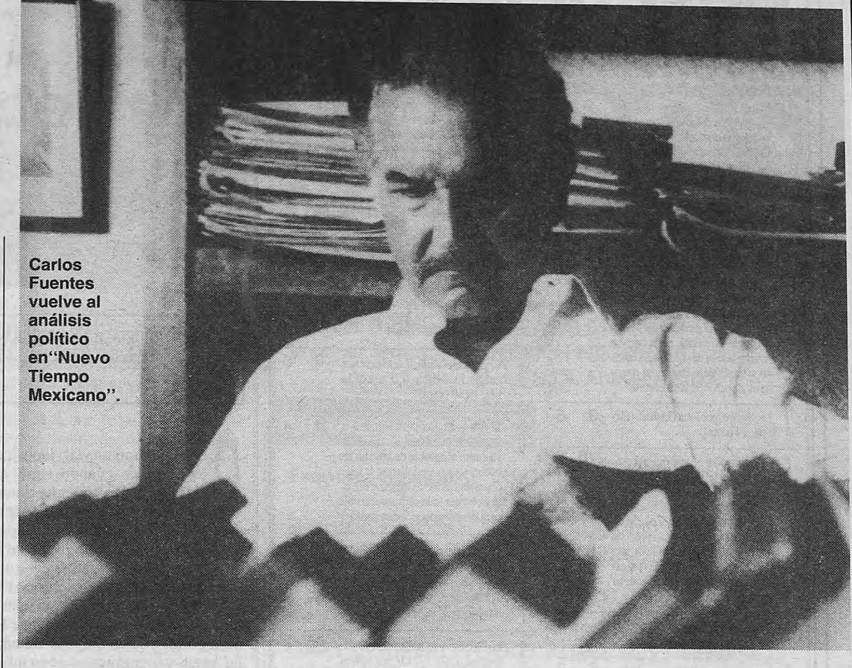
No tiene usted que convencerme: hay que unir fuerzas para lograr el objetivo de una elección democrática y creíble el 21 de agosto a fin de que no haya secuelas de violencia el 22 de agosto. Habla usted de una convención ciudadana con propósitos democráticos y sumando esfuerzos de la sociedad civil.

Hoy, señor subcomandante Marcos, tiene usted una oportunidad que rebasa con mucho la muy cordial invitación personal al diálogo que me hace en su carta. Yo formo parte de un grupo plural de mexicanos y mexicanas distinguidos, miembros de partidos o sin partido, que nos hemos propuesto plantear el peligro de confrontaciones violentas y evitarlas mediante el estricto apego al espíritu y a la ley de la democracia.

Yo le sugiero muy cordialmente que extienda la invitación personal que me hace a otros miembros del grupo plural que la prensa ha dado en llamar “Grupo San Angel” y que, estoy seguro de ello, abrirán con usted y con los suyos, campesinos e indígenas chiapanecos, nuevas vías de avance político, de comprensión y concordia, de democracia viable, de progreso mayoritario y de modernidad incluyente.

CARLOS FUENTES

> “Debo hacer todo lo posible para convencerlo a usted de que, para que las armas callen deben hablar las ideas, y deben hablar fuerte, más fuerte que las balas. No podemos, solos, sostener esta bandera que, con sangre indígena, volvió a ondear sobre nuestro suelo.” (Del subcomandante Marcos a Carlos Fuentes)



Carlos Fuentes vuelve al análisis político en “Nuevo Tiempo Mexicano”.

¿Sabés quién viene a cenar?

MARIO WAINFELD

“Hace poco hice una apuesta con mi amigo, el politólogo Jorge Castañeda. Si el Tratado de Libre comercio de Norteamérica (TLC) está aprobado el 1º de enero de 1994 Castañeda me invita a cenar. Si no, yo lo invito a él. De todas maneras, salimos ganando”. La cita de Carlos Fuentes sugiere bien la lógica, el diálogo, que encierran dos libros que relatan el terrible 94 mexicano. Como en casi todo, Fuentes y Jorge Castañeda coinciden: los fines de sexenio presidencial siempre son duros en su país pero este rebasó la medida. Ya el 1º de enero, cuando Fuentes ganaba su apuesta, un policía con resaca llamó a San Cristóbal de las Casas. Le habían llegado rumores de guerrilla o algo así. Del otro lado de la línea, una voz aún no famosa en el mundo le respondió: “Acá el Subcomandante Insurgente Marcos. No se preocupe. Todo está bajo control”. Entrada al TLC, boom de Chiapas, dos magnicidios y un sólo hecho clásico: la victoria del PRI con una novedad: esta vez parece que no hubo (tanto) fraude.

Los dos libros paralelos cuentan todo y por el mismo precio retratan a los dos intelectuales que cenaron juntos después de la entrada al TLC. Que comparten anhelos comunes: democracia para México, un gobierno de coalición, una nueva cultura política. Votaron a Cuauhtémoc Cárdenas e intentaron en medio del frenesí electoral formar el grupo San Angel, una alquimia de generación del 37 y Poder Ciudadano.

Sorpresas te da la vida, nuevo libro de Castañeda, tiene menor ambición temática y estilística que el renombrado *La utopía desarmada*. Confiesa el autor que pone especial énfasis en dos protagonistas: Cuauhtémoc Cárdenas y él mismo. Arranca explicando que, en épocas de hibernación de las masas, las personalidades cobran gran importancia.

> “Acuciados sin duda por la urgencia de contar, los autores nos asoman a una sociedad insatisfactoria con un gobierno corrupto y ajustador, acaso ligado al narco, que gana elecciones libres (¿suena conocido?). También dan rienda suelta a su ansiedad por incidir en la historia desde el pensamiento.”

Es llamativo cómo un autor de izquierda (que a la pasada reconoce la vigencia de Marx en el análisis histórico) cifra la historia esencialmente en una seguidilla de cenas, encuentros en la Universidad de Princeton, debates televisivos y charlas bilaterales (que a menudo lo tienen como uno de los vértices). Intenta interpretaciones más vastas pero en su relato predominan las cenas (o el acierto o error de haber asistido o faltado a alguna) sobre los sujetos colectivos. En rigor, el único sujeto definido con precisión y –comparado con lo que se estila en la Argentina– con mucho coraje es el narcotráfico, cuya complicidad con el partido de gobierno denuncia duramente.

El suyo es un ameno, legible, casi novelesco tramado de reuniones y pláticas entre integrantes de la élite mexicana que Castañeda integra de nacimiento. Se sabe, estudió en Europa. Acá se sabe menos pero es hijo de un destacado dirigente del PRI, que fue Canciller de López Portillo y –según parece– no pudo llegar a presidente por estar casado con una mujer extranjera, rusa para más datos. La reseña de las charlas espeja mucha horizontalidad interna. Curiosos códigos: a Castañeda le pesó mucho (“tragué aceite”) confesar al candidato del PRI que no iba a votarlo. Difícil entender que le ocurra eso a un intelectual comprometido que detalla cuántas veces se autopostuló ante Cárdenas para ser su jefe de campaña. Cómo le sugirió estrategias para un debate televisivo: que no se fotografiara con el subcomandante Marcos, que corriera su discurso hacia el centro. Cárdenas no le hizo mucho caso... así le fue. La relación entre el político y el intelectual, vista por éste, es un atractivo adicional de *Sorpresas te da la vida*.

Nuevo tiempo mexicano, antes que una novela, es un conjunto de ensayos libres: sobre México, su geografía, su ser nacional; su relación con los EEEUU; su tradición indígena. Es también un diario, una crónica mensual, del año terrible. Erudito al estilo siglo XIX, lector y citador desordenado y voraz (Borges, Renan –el nacionalista francés, no Sergio a quien seguramente debe conocer– Drucker; Hobsbawm, García Márquez, Steven Spielberg, Melville) Fuentes revela una pasión mexicana que nadie puede negarle a Castañeda a diez mil kilómetros de distancia pero que –desde ese dudoso atalaya– se nota menos. No hace falta compartir qué piensa Fuentes (a México le sobran polenta, creatividad, historia, sociedad, le faltan instituciones) para disfrutar cómo lo expresa.

Acuciados sin duda por la urgencia de contar –algo que nadie que haya rondado el periodismo puede cuestionar–, los dos autores nos asoman a una sociedad insatisfactoria con un gobierno corrupto y ajustador, acaso ligado al narco, que gana elecciones libres (¿suena conocido?). También dan rienda suelta a su ansiedad por incidir en la historia desde el pensamiento, desde la pluma (o la PC) o desde su privilegiada relación con la élite dirigente. Son dos testimonios seguramente provisorios pero elocuentes. Al unísono autorretratos de dos intelectuales de un país que ha sido bastante más piadoso con sus intelectuales que la media de Latinoamérica.

Es un placer transitar sus libros como lo sería sin duda haber compartido la cena con dos humanistas brillantes, dos excelentes charlistas. Una perlita que acaso pueda paliarse con una recomendación: tal vez a ambos se les escape Chiapas. Con el TLC, lo realmente nuevo de este año. Un fenómeno profundo que habría que conocer mejor. Fuentes y Castañeda lo saludan pero no explican del todo; parece que los pone (a todos nos pone) algo incómodos. Si el lector quiere completar su paseo por México 94 con una antología, menos personal, más ideológica, más rica en testimonios y datos, puede buscar *Chiapas, entre la tormenta y la profecía* (Lugar Editorial, 1994). Tendrá una mejor aproximación al EZLN, catalizador de la democracia y autor de la más bella, tolerante y profunda prosa política de la década, de la que va un botón de muestra escrito por su inefable subjefe: “Nuestra forma de lucha no es la única, tal vez para muchos ni siquiera sea la adecuada. Existen y tienen gran valor otras formas de lucha. Nuestra organización no es la única, tal vez para muchos ni siquiera sea la deseable. Existen y tienen gran valor otras organizaciones honestas, progresistas e independientes. El Ejército Zapatista de Liberación nacional nunca ha pretendido que su forma de lucha sea la única legítima. De hecho, para nosotros es la única que nos han dejado”. No te rindas, enmascarado.

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Las memorias que la autora de *La casa de los espíritus* empezó a escribir a raíz de la enfermedad y muerte de su hija y en las que relata la leyenda de su familia, la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y sus recuerdos sobre Chile.	2	2
2	*Nada es eterno*, por Sidney Sheldon (Emecé, 17 pesos).	1	16
3	*Huésped de un verano*, por Magdalena Ruiz Guiñazú (Planeta, 14 pesos). La última ganadora del Martín Fierro de Oro relata, en su primera novela, la saga de una familia de los 40, a través de la cual giran personajes y hechos de la Argentina.	–	1
4	*La cámara*, por John Grisham (Planeta, 19 pesos).	3	6
5	*El verdugo en el umbral*, por Andrés Rivera (Alfaguara, 17 pesos).	10	8
6	*La pesquisa*, por Juan José Saer (Seix Barral, 13 pesos). El autor de *Cicatrices* y *El Entenado* propone una original y a la vez clásica versión del policial con la investigación del asesinato de 28 ancianas en un barrio de París.	5	4
7	*Muerte en el cabo*, por Mary Higgins Clark (Emecé, 15 pesos).	–	4
8	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos).	6	9
9	*La tierra incomparable*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 13 pesos).	4	12
10	*Cuentos completos*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 25 pesos). La recopilación de todos los cuentos del autor de *Inventario*.	8	2

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los dueños de la Argentina II*, por Luis Majul (Sudamericana, 18 pesos).	1	6
2	*El ángel*, por Víctor Sueiro (Planeta, 15 pesos).	2	6
3	*Cortinas de humo*, por Jorge Lanata y Joe Goldman (Planeta, 16 pesos). Una exhaustiva investigación sobre los dos atentados a la AMIA y a la embajada de Israel amparada en informes técnicos extraoficiales y oficiales, nacionales y extranjeros y en los testimonios de doscientos testigos.	–	1
4	*Cruzando el umbral de la esperanza*, por Juan Pablo II (Plaza & Janés, 19,80 pesos).	3	8
5	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Planeta, 14 pesos). Un análisis sobre el hombre de hoy: un ser hedonista y materialista, que tiene como únicas metas alcanzar el éxito y obtener todo el dinero posible para después poder consumirlo.	4	4
6	*Tiempo de desafíos*, por Martín Redrado (Planeta, 16 pesos).	5	6
7	*Sabiduría de la vida*, por Jaime Barylko (Emecé, 18 pesos).	8	2
8	*El Ejército y la política en la Argentina, 1962-1973 II*, por Robert A. Potash (Sudamericana, 19 pesos).	6	6
9	*El vacilar de las cosas*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 17 pesos).	10	17
10	*Escenas de la vida posmoderna*, por Beatriz Sarlo (Ariel, 13 pesos).	9	21

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny, El Ateneo (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica, Laborde (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Jorge Amado: **De cómo los turcos descubrieron América** (Emecé). Parte de un proyecto que no pudo ser –un libro para los festejos del Quinto Centenario escrito por Norman Mailer, Carlos Fuentes y Jorge Amado–, *De cómo los turcos descubrieron América* es una nueva confirmación de la vitalidad de la prosa brasileña de la mano de uno de sus maestros, el autor de *Gabriela, clavo y canela* y *Doña Flor y sus dos maridos*.

Dora Fried Schnitman: **Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad** (Paidós). Excepcional compilación de textos –escritos entre otros por Ilya Prigogine, Edgar Morin, Félix Guattari, Mark Wigley– que desde diferentes disciplinas abordan el tema de los nuevos paradigmas para repensarlos, cuyo núcleo es el Encuentro Interdisciplinario Internacional sobre Nuevos Paradigmas que se realizó en Buenos Aires.

LANZALLAMAS

De casa al teatro

La dupla que forman los escritores Daniel Guebel y Sergio Bizzio tiene ya varios años y proyectos. Cuando no se encuentran como compinches en la nueva narrativa deciden hacer obras de teatro como las reunidas bajo el título *Dos obras ordinarias*, que acaba de editar Beatriz Viterbo.

A la hora de definir las motivaciones que los llevaron a escribir teatro las historias se cruzan. Para Guebel, la motivación fue producto de una ingenua ilusión: "En principio, como no venimos del teatro, pero a los dos nos gusta, necesitamos una justificación que fue la ilusión del dinero. Por supuesto esa ilusión se disipó rápidamente y entonces no nos quedó otra que concentrarnos en la historia que queremos contar". Esta versión, que resulta un tanto fantasiosa, se contrapone a una algo más realista cuyo escenario es una quinta. "Una vez nos juntamos (Luis) Chitarroni, Daniel y yo para escribir una obra por encargo de Lito Cruz y Gustavo Moreno. Fue espantoso lo que hicimos y no salió de ahí, pero quedó picando la posibilidad de escribir juntos, por lo menos en teatro", comenta Bizzio.

Amigos desde hace tiempo, aseguran que cuando escriben juntos no se pelean sino que se entretienen. "Nos reímos mucho", es la definición básica. Pero para Bizzio el oficio también tiene momentos duros: "Escribir de a dos por momentos es divertido y por momentos es muy agotador. Si bien no tenemos un sistema, lo que generalmente hacemos es partir de una idea generadora y luego vamos hablando. Nos sentamos un rato cada uno a la máquina y después nos la pasamos hablando. A él se le ocurren unas cosas y a mí otras".

A partir de la experiencia empezaron a aparecer los proyectos y las ofertas. "Tenemos pensada una obra que se llame *Los inmortales*, sobre tres mujeres que se juntan para hablar estupideces eternamente. Después otra obra que se llama *La China Tú*. También nos interesa que se estrenen nuestras obras. De hecho, publicamos estas obras para mandar el libro a los teatros y a los directores y actores en vez de mandar fotocopias." Roberto Villanueva está interesado en dirigir las *Dos obras ordinarias* y Gustavo Garzón quiere producirlas. Pero Guebel y Bizzio parecen estar mirando más allá: "Después queremos hacer una libre adaptación del *Banquete* de Platón", anuncian, entre otros proyectos delirantes.

B.E.M.

Carnets///

BIOGRAFIA

El rey de la selva

HORACIO QUIROGA, UNA BIOGRAFIA, de Pedro Orgambide. Planeta, 1994, 268 páginas.

"Se mató como una sirvienta", dijo Lugones cuando supo que Quiroga había tomado cianuro en una habitación del Hospital de Clínicas. Pero el hecho de haber incurrido en una muerte femenina y melodramática –como la de su primera esposa y Emma Bovary– no alcanza a disipar la indulgencia postrera del autor de *Los desterrados*, quien luego de manipular armas y herramientas en su infierno misionero, adscribe en el centro de Buenos Aires a cierto tipo de suicidio civilizado.

Horacio Quiroga, una biografía, es la historia de ese suicidio, un relato en el que el mártir –en general en pos de una causa desconocida o insuficiente– avanza a paso firme hacia la muerte. El libro de Pedro Orgambide es, como toda biografía, una novela familiar que bajo el halo maldito de Quiroga y su paisaje, se convierte en una historia romántica. Pero si en *Wherter* el sujeto romántico muere por ausencia de amor de la amada, el sacrificio de Quiroga (vuelto personaje en el libro de Orgambide) es condición de una orden prenatal que sólo va a incluirlo como eslabón de una extensa cadena. La muerte es para los Quiroga una serie de decisiones y la participación en ella es hereditaria (genéticamente inevitable); cada miembro de la familia interviene en su propia muerte y el dramatismo parece desgravarse a cambio de la obediencia a una tradición. Del mismo modo en que hay linajes nobiliarios, los Quiroga obedecen a una saga de suicidas.

La vida de Quiroga es parte de su obra. Su pasión por las mujeres jóvenes, su vademécum de muertes violentas –que excluye la muerte natural– y sobre todo el escenario que construye en la selva y que funciona como espacio narrativo, son los elementos comunes del que pueden dar crédito sus amigos y lectores. Horacio Quiroga encontró en su sueño de Robinson Crusoe una serie de experiencias desdichadas, pero al mismo tiempo el consuelo de una literatura feliz. El fracaso de sus empresas épico-tecnológicas (instalar una fábrica de turrón de maní, calafatear canoas, reparar artefactos eléctricos) y el de su economía, fue el acceso –en palabras de Martínez Estrada– a ese "paraíso infernal" que inspiró gran parte de sus historias.

Sin embargo, a pesar de que la vida de Quiroga hizo de su reclusión un ejemplo de exhibicionismo moderado y –merced a sus invitaciones– un bastión del turismo misionero, el silencio aparece en la biografía de Orgambide en un sentido fuerte: el suicida calla, su silencio es largo y no dice nada.

El texto de Pedro Orgambide –quien en 1954 publicó *Horacio Quiroga, el hombre y su obra*– es informado y por momento lúcido. Quiroga aparece allí como un mártir del misterio, un progresista y un escritor excluido de la ciudad, del imperativo proletario de Boedo y los clamores del orfanato de la revista *Martín Fierro*. Se lo ve aislado –al margen de un contexto social– en su casa artesanal entre la selva; se lo ve cortejando a Alfonsina Storni y a las amigas de su hija; con el aspecto andrajoso de un mensú pero inepto en el uso de máquinas y herramientas, excepto cuando descabeza yararás con su machete de acero. Salvo algún traspié de su prosa apurada y unas cuantas incursiones por la primera persona, el libro de Orgambide acentúa con eficacia el carácter mítico de Quiroga, su condición de personaje de la literatura y cuentista precursor, y su fama de maldito que Borges objetó acusándolo primero de mal epígono de Kipling y luego de "superstición uruguaya".



JUAN JOSE BECERRA

ENSAYO

El otro fin de siglo

LA SENSIBILIDAD AMENAZADA, por Graciela Montaldo. Beatriz Viterbo, 156 páginas.

El modernismo de fin de siglo en Latinoamérica suele estar asociado con las innovaciones temáticas y formales que llegaron fundamentalmente de la mano de Rubén Darío y José Martí, y de cuyos excesos se burlarían Borges y Girondo, sin dejar de reconocer en ese movimiento renovador un antecedente ineludible de sus incursiones en la vanguardia.

Pero, como señala Graciela Montaldo, una joven crítica argentina radicada actualmente en Caracas, en el prólogo de *La sensibilidad amenazada*, su cuarto libro –y, si se siguen sus recientes declaraciones, último escrito alrededor de un tema central–, el modernismo es mucho más que un antecedente de las vanguardias de los años 20.

Continuando las interesantes investigaciones de Angel Rama en *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montaldo indaga en el lugar de la literatura en un mundo que poco a poco iba perdiendo sus certezas al momento que se iniciaban los movimientos de institucionalización y democratización en América latina. Así, recorre siempre con lucidez y en una prosa a la vez clara y de una elegancia pudorosa las posiciones de los escritores modernistas ante la lengua española y la tradición literaria francesa, su ubicación ante un público letrado en constante crecimiento y sus concepciones de la práctica de la escritura.

A su vez el texto problematiza la cuestión del modernismo como movimiento latinoamericano y Montaldo evita así una tentación frecuente en este tipo de estudios que suele pasar de largo de las flexiones nacionales en función de algo que es a la vez un presupuesto y un deseo teórico: la existencia sin matices de una literatura latinoamericana.

Para eso Montaldo mezcla su investigación y lectura de los textos modernistas –centrándose sobre todo en aquellos que de alguna manera intentan explicar su estética– con descripciones de fotografías europeas, notas periodísticas o reflexiones provenientes de la teoría para recuperar de esa manera tanto el aspecto dinámico como el conflictivo de la circulación del modernismo en el espacio latinoamericano. Es justamente la recuperación de la idea de conflicto, que por otra parte es una constante en los textos que se analizan, lo que le permite a Montaldo proponer un libro que resulta de lectura interesante más allá del tema específico y a su vez escapar de una superstición teórica muy en boga actualmente que supone que todos los fines de siglo se parecen entre sí.



La sensibilidad amenazada es un excelente punto de partida para la relectura del modernismo dentro de una perspectiva que recupera el lugar dificultoso y a la vez elitista de la literatura en el paisaje latinoamericano y la forma en que el territorio literario se protege y se articula con las acechanzas de una realidad que a la vez lo hace posible y lo amenaza.

MARCOS MAYER

Best Sellers///

Ficción

#	Título	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Las memorias que la autora de *La casa de los espíritus* empezó a escribir a raíz de la enfermedad y muerte de su hija y en las que relata la leyenda de su familia, la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y sus recuerdos sobre Chile.	2	2
2	*Nada es eterno*, por Sidney Sheldon (Emecé, 17 pesos).	1	16
3	*Huésped de un verano*, por Magdalena Ruiz Guiñazú (Planeta, 14 pesos). La última ganadora del Martín Fierro de Oro relata, en su primera novela, la saga de una familia de los 40, a través de la cual giran personajes y hechos de la Argentina.	–	1
4	*La cámara*, por John Grisham (Planeta, 19 pesos).	3	6
5	*El verdugo en el umbral*, por Andrés Rivera (Alfaguara, 17 pesos).	10	8
6	*La pesquisa*, por Juan José Saer (Seix Barral, 13 pesos). El autor de *Cicatrices* y *El Entenado* propone una original y a la vez clásica versión del policial con la investigación del asesinato de 28 ancianas en un barrio de París.	5	4
7	*Muerte en el cabo*, por Mary Higgins Clark (Emecé, 15 pesos).	–	4
8	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos).	6	9
9	*La tierra incomparable*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 13 pesos).	4	12
10	*Cuentos completos*, por Mario Benedetti (Seix Barral, 25 pesos). La recopilación de todos los cuentos del autor de *Inventario*.	8	2

Historia, ensayo

#	Título	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los dueños de la Argentina II*, por Luis Majul (Sudamericana, 18 pesos).	1	6
2	*El ángel*, por Víctor Sueiro (Planeta, 15 pesos).	2	6
3	*Cortinas de humo*, por Jorge Lanata y Joe Goldman (Planeta, 16 pesos). Una exhaustiva investigación sobre los dos atentados a la AMIA y a la embajada de Israel amparada en informes técnicos extraoficiales y oficiales, nacionales y extranjeros y en los testimonios de doscientos testigos.	–	1
4	*Cruzando el umbral de la esperanza*, por Juan Pablo II (Plaza & Janés, 19,80 pesos).	3	8
5	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Planeta, 14 pesos). Un análisis sobre el hombre de hoy: un ser hedonista y materialista, que tiene como únicas metas alcanzar el éxito y obtener todo el dinero posible para después poder consumirlo.	4	4
6	*Tiempo de desafíos*, por Martín Redrado (Planeta, 16 pesos).	5	6
7	*Sabiduría de la vida*, por Jaime Barylko (Emecé, 18 pesos).	8	2
8	*El Ejército y la política en la Argentina, 1962-1973 II*, por Robert A. Potash (Sudamericana, 19 pesos).	6	6
9	*El vacilar de las cosas*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 17 pesos).	10	17
10	*Escenas de la vida posmoderna*, por Beatriz Sarlo (Ariel, 13 pesos).	9	21

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny, El Ateneo (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica, Laborde (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Jorge Amado: **De cómo los turcos descubrieron América** (Emecé). Parte de un proyecto que no pudo ser –un libro para los festejos del Quinto Centenario escrito por Norman Mailer, Carlos Fuentes y Jorge Amado–, *De cómo los turcos descubrieron América* es una nueva confirmación de la vitalidad de la prosa brasileña de la mano de uno de sus maestros, el autor de *Gabriela, clavo y canela* y *Doña Flor y sus dos maridos*.

Dora Fried Schnitman: **Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad** (Paidós). Excepcional compilación de textos –escritos entre otros por Ilya Prigogine, Edgar Morin, Félix Guattari, Mark Wigley– que desde diferentes disciplinas abordan el tema de los nuevos paradigmas para repensarlos, cuyo núcleo es el Encuentro Interdisciplinario Internacional sobre Nuevos Paradigmas que se realizó en Buenos Aires.

LANZALLAMAS

De casa al teatro

La dupla que forman los escritores Daniel Guebel y Sergio Bizzio tiene ya varios años y proyectos. Cuando no se encuentran como compinches en la nueva narrativa deciden hacer obras de teatro como las reunidas bajo el título *Dos obras ordinarias*, que acaba de editar Beatriz Viterbo.

A la hora de definir las motivaciones que los llevaron a escribir teatro las historias se cruzan. Para Guebel, la motivación fue producto de una ingenua ilusión: "En principio, como no venimos del teatro, pero a los dos nos gusta, necesitamos una justificación que fue la ilusión del dinero. Por supuesto esa ilusión se disipó rápidamente y entonces no nos quedó otra que concentrarnos en la historia que queremos contar". Esta versión, que resulta un tanto fantasiosa, se contrapone a una algo más realista cuyo escenario es una quinta. "Una vez nos juntamos (Luis) Chitarroni, Daniel y yo para escribir una obra por encargo de Lito Cruz y Gustavo Moreno. Fue espantoso lo que hicimos y no salió de ahí, pero quedó picando la posibilidad de escribir juntos, por lo menos en teatro", comenta Bizzio.

Amigos desde hace tiempo, aseguran que cuando escriben juntos no se pelean sino que se entretienen. "Nos reímos mucho", es la definición básica. Pero para Bizzio el oficio también tiene momentos duros: "Escribir de a dos por momentos es divertido y por momentos es muy agotador. Si bien no tenemos un sistema, lo que generalmente hacemos es partir de una idea generadora y luego vamos hablando. Nos sentamos un rato cada uno a la máquina y después nos la pasamos hablando. A él se le ocurren unas cosas y a mí otras".

A partir de la experiencia empezaron a aparecer los proyectos y las ofertas. "Tenemos pensada una obra que se llame *Los inmortales*, sobre tres mujeres que se juntan para hablar estupideces eternamente. Después otra obra que se llama *La China Tú*. También nos interesa que se estrenen nuestras obras. De hecho, publicamos estas obras para mandar el libro a los teatros y a los directores y actores en vez de mandar fotocopias." Roberto Villanueva está interesado en dirigir las *Dos obras ordinarias* y Gustavo Garzón quiere producirlas. Pero Guebel y Bizzio parecen estar mirando más allá: "Después queremos hacer una libre adaptación del *Banquete* de Platón", anuncian, entre otros proyectos delirantes.

B.E.M.

Carnets///

BIOGRAFIA

El rey de la selva

HORACIO QUIROGA, UNA BIOGRAFIA, de Pedro Orgambide. Planeta, 1994, 268 páginas.

"Se mató como una sirvienta", dijo Lugones cuando supo que Quiroga había tomado cianuro en una habitación del Hospital de Clínicas. Pero el hecho de haber incurrido en una muerte femenina y melodramática –como la de su primera esposa y Emma Bovary– no alcanza a disipar la indulgencia postrera del autor de *Los desterrados*, quien luego de manipular armas y herramientas en su infierno misionero, adscribe en el centro de Buenos Aires a cierto tipo de suicidio civilizado.

Horacio Quiroga, una biografía, es la historia de ese suicidio, un relato en el que el mártir –en general en pos de una causa desconocida o insuficiente– avanza a paso firme hacia la muerte. El libro de Pedro Orgambide es, como toda biografía, una novela familiar que bajo el halo maldito de Quiroga y su paisaje, se convierte en una historia romántica. Pero si en *Wherter* el sujeto romántico muere por ausencia de amor de la amada, el sacrificio de Quiroga (vuelto personaje en el libro de Orgambide) es condición de una orden prenatal que sólo va a incluirlo como eslabón de una extensa cadena. La muerte es para los Quiroga una serie de decisiones y la participación en ella es hereditaria (genéticamente inevitable); cada miembro de la familia interviene en su propia muerte y el dramatismo parece desgravarse a cambio de la obediencia a una tradición. Del mismo modo en que hay linajes nobiliarios, los Quiroga obedecen a una saga de suicidas.

La vida de Quiroga es parte de su obra. Su pasión por las mujeres jóvenes, su vademécum de muertes violentas –que excluye la muerte natural– y sobre todo el escenario que construye en la selva y que funciona como espacio narrativo, son los elementos comunes del que pueden dar crédito sus amigos y lectores. Horacio Quiroga encontró en su sueño de Robinson Crusoe una serie de experiencias desdichadas, pero al mismo tiempo el consuelo de una literatura feliz. El fracaso de sus empresas épico-tecnológicas (instalar una fábrica de turrón de maní, calafatear canoas, reparar artefactos eléctricos) y el de su economía, fue el acceso –en palabras de Martínez Estrada– a ese "paraíso infernal" que inspiró gran parte de sus historias.



Sin embargo, a pesar de que la vida de Quiroga hizo de su reclusión un ejemplo de exhibicionismo moderado y –merced a sus invitaciones– un bastión del turismo misionero, el silencio aparece en la biografía de Orgambide en un sentido fuerte: el suicida calla, su silencio es largo y no dice nada.

El texto de Pedro Orgambide –quien en 1954 publicó *Horacio Quiroga, el hombre y su obra*– es informado y por momento lúcido. Quiroga aparece allí como un mártir del misterio, un progresista y un escritor excluido de la ciudad, del imperativo proletario de Boedo y los clamores del orfanato de la revista *Martín Fierro*. Se lo ve aislado –al margen de un contexto social– en su casa artesanal entre la selva; se lo ve cortejando a Alfonsina Storni y a las amigas de su hija; con el aspecto andrajoso de un mensú pero inepto en el uso de máquinas y herramientas, excepto cuando descabeza yararás con su machete de acero. Salvo algún traspié de su prosa apurada y unas cuantas incursiones por la primera persona, el libro de Orgambide acentúa con eficacia el carácter mítico de Quiroga, su condición de personaje de la literatura y cuentista precursor, y su fama de maldito que Borges objetó acusándolo primero de mal epígono de Kipling y luego de "superstición uruguaya".

JUAN JOSE BECERRA

ENTREVISTA

Guerreros en el ocaso

BILLY & JOE. CONVERSACIONES CON BILLY WILDER Y JOSEPH L. MANKIEWICZ, por Michel Ciment. PLOT Ediciones, 1994, 144 páginas.

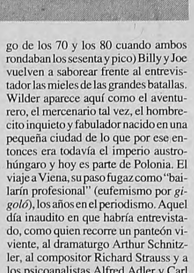
Los realizadores-gionistas-dialogistas Billy Wilder (nacido en 1906) y Joseph Leo Mankiewicz (1909-1993) representan un Hollywood en el que una buena línea de diálogo valía tanto con una imagen. Entre los años 40 y 70, sus respectivas filmografías visitan el *american dream* como quien se pasea por un living amplio y elegante, con un buen trago en la mano y mirada zumbona. *Pacto de sangre, El ocaso de una vida* o *Piso de soltero*, en el caso de Billy Wilder, y *Carta a tres esposas, La condesa descalza* o *De repente en el verano* en el de Mankiewicz, son buena muestra de ello. *Billy & Joe* reúne una serie de conversaciones que ambos sostuvieran por separado, a lo largo de poco más de una década, con el crítico francés Michel Ciment, que sabe de lo que habla cuando habla con ellos sobre sus películas y las de los otros, sobre el Hollywood de antes y el de ahora, sobre el cine, sobre el mundo y sobre el mundo del cine.

Como guerreros en el ocaso (estas conversaciones se celebraron a lo largo de los 70 y los 80 cuando ambos rondaban los sesenta y pico) Billy y Joe vuelven a saborear frente al entrevistador las mieles de las grandes batallas. Wilder aparece aquí como el aventurero, el mercenario tal vez, el hombrecito inquieto y fabulador nacido en una pequeña ciudad de lo que por ese entonces era todavía el imperio austrohúngaro y hoy es parte de Polonia. El viaje a Viena, su paso fugaz como "bailarín profesional" (eufemismo por *gigoló*), los años en el periodismo. Aquel día inaudito en que habría entrevistado, como quien recorre un panteón viviente, al dramaturgo Arthur Schnitzler, al compositor Richard Strauss y a los psicoanalistas Alfred Adler y Carl Gustav Jung... para terminar su periplo ante el mismísimo Sigmund Freud, faltaba más.

Mankiewicz, por su parte, es el general de buena cuna, el estratega de pipa y cartapacio, el hijo de una familia de librepensadores venidos de Alemania a Boston hacia fines del siglo pasado. Al igual que sus personajes, se muestra como un conversador elegante y racional, de insidiosa inteligencia. Elige cada palabra, cada pausa, cada silencio, como el caballero selecciona las armas perfectas para el duelo de la mañana siguiente. La suya es la voz de un pensamiento que maquina, tanto como los conspiradores de *Julio César*, considerada una de las mejores adaptaciones cinematográficas de la obra de Shakespeare, o la ominosa Katharine Hepburn de *De repente en el verano*, posiblemente el mejor Tennessee Williams que haya dado el cine.



"Una Eva y dos Adanes", de Billy Wilder.



Las armas de Wilder son, a su turno, la ironía ácida y contagiosa, el comentario aparentemente casual: "Hollywood es una ciudad donde, con las tiras de piel que se cortaron del rostro de una sola estrella, se podrían rehacer cuatro o cinco estrellas". Conviene tomar en serio a quien nunca se tomó nada demasiado en serio, alguien capaz de ver como nadie aquello que todos miran sin ver: "Marilyn tenía un don extraño, que hacía que su carne fuera directamente absorbida por la cámara, reflejándose luego en la pantalla como auténtica *carne* que se podía palpar, una imagen más allá de la fotografía". Sabe de lo que habla quien ideara la imagen más mítica de la Monroe, aquella de la falda levantándose, en *La comezón del séptimo año*: "Dirigir a Marilyn era como arrancar dientes".

Que un volumen de conversaciones evoque con fidelidad esas voces, de uno y otro lado de la ficción, no parece sino el ideal al que este tipo de libro puede aspirar. Que esas voces vengan acompañadas de un material fotográfico de primera permite reproducir, casi, el propio milagro del cine, al fin y al cabo no otra cosa que la reunión de unas voces y unas imágenes, en busca de sentido.

HORACIO BERNADES



ENSAYO

El otro fin de siglo

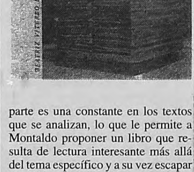
LA SENSIBILIDAD AMENAZADA, por Graciela Montaldo. Beatriz Viterbo, 156 páginas.

El modernismo de fin de siglo en Latinoamérica suele estar asociado con las innovaciones temáticas y formales que llegaron fundamentalmente de la mano de Rubén Darío y José Martí, y de cuyos excesos se burlarían Borges y Girondo, sin dejar de reconocer en ese movimiento renovador un antecedente ineludible de sus incursiones en la vanguardia.

Pero, como señala Graciela Montaldo, una joven crítica argentina radicada actualmente en Caracas, en el prólogo de *La sensibilidad amenazada*, su cuarto libro –y, si se siguen sus recientes declaraciones, último escrito alrededor de un tema central–, el modernismo es mucho más que un antecedente de las vanguardias de los años 20.

Continuando las interesantes investigaciones de Angel Rama en *Las máscaras democráticas del modernismo*, Montaldo indaga en el lugar de la literatura en un mundo que poco a poco iba perdiendo sus certezas al momento que se iniciaban los movimientos de institucionalización y democratización en América latina. Así, recorre siempre con lucidez y en una prosa a la vez clara y de una elegancia pudorosa las posiciones de los escritores modernistas ante la lengua española y la tradición literaria francesa, su ubicación ante un público letrado en constante crecimiento y sus concepciones de la práctica de la escritura.





A su vez el texto problematiza la cuestión del modernismo como movimiento latinoamericano y Montaldo evita así una tentación frecuente en este tipo de estudios que suele pasar de largo de las flexiones nacionales en función de algo que es a la vez un presupuesto y un deseo teórico: la existencia sin matices de una literatura latinoamericana.

Para eso Montaldo mezcla su investigación y lectura de los textos modernistas –centrándose sobre todo en aquellos que de alguna manera intentan explicar su estética– con descripciones de fotografías europeas, notas periodísticas o reflexiones provenientes de la teoría para recuperar de esa manera tanto el aspecto dinámico como el conflictivo de la circulación del modernismo en el espacio latinoamericano. Es justamente la recuperación de la idea de conflicto, que por otra parte es una constante en los textos que se analizan, lo que le permite a Montaldo proponer un libro que resulta de lectura interesante más allá del tema específico y a su vez escapar de una superstición teórica muy en boga actualmente que supone que todos los fines de siglo se parecen entre sí.

La sensibilidad amenazada es un excelente punto de partida para la relectura del modernismo dentro de una perspectiva que recupera el lugar dificultoso y a la vez elitista de la literatura en el paisaje latinoamericano y la forma en que el territorio literario se protege y se articula con las acechanzas de una realidad que a la vez lo hace posible y lo amenaza.

MARCOS MAYER

ENTREVISTA

Guerreros en el ocaso

BILLY & JOE. CONVERSACIONES CON BILLY WILDER Y JOSEPH L. MANKIEWICZ, por Michel Ciment. PLOT Ediciones, 1994, 144 páginas.

Los realizadores-gionistas-dialogistas Billy Wilder (nacido en 1906) y Joseph Leo Mankiewicz (1909-1993) representan un Hollywood en el que una buena línea de diálogo valía tanto con una imagen. Entre los años 40 y 70, sus respectivas filmografías visitan el *american dream* como quien se pasea por un living amplio y elegante, con un buen trago en la mano y mirada zumbona. *Pacto de sangre, El ocaso de una vida* o *Piso de soltero*, en el caso de Billy Wilder, y *Carta a tres esposas, La condesa descalza* o *De repente en el verano* en el de Mankiewicz, son buena muestra de ello. *Billy & Joe* reúne una serie de conversacionès que ambos sostuvieran por separado, a lo largo de poco más de una década, con el crítico francés Michel Ciment, que sabe de lo que habla cuando habla con ellos sobre sus películas y las de los otros, sobre el Hollywood de antes y el de ahora, sobre el cine, sobre el mundo y sobre el mundo del cine.

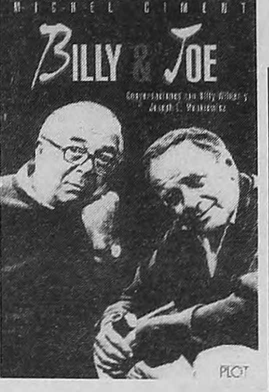
Como guerreros en el ocaso (estas conversaciones se celebraron a lo largo de los 70 y los 80 cuando ambos rondaban los sesenta y pico) Billy y Joe vuelven a saborear frente al entrevistador las mieles de las grandes batallas. Wilder aparece aquí como el aventurero, el mercenario tal vez, el hombrecito inquieto y fabulador nacido en una pequeña ciudad de lo que por ese entonces era todavía el imperio austrohúngaro y hoy es parte de Polonia. El viaje a Viena, su paso fugaz como "bailarín profesional" (eufemismo por *gigoló*), los años en el periodismo. Aquel día inaudito en que habría entrevistado, como quien recorre un panteón viviente, al dramaturgo Arthur Schnitzler, al compositor Richard Strauss y a los psicoanalistas Alfred Adler y Carl Gustav Jung... para terminar su periplo ante el mismísimo Sigmund Freud, faltaba más.



Mankiewicz, por su parte, es el general de buena cuna, el estratega de pipa y cartapacio, el hijo de una familia de librepensadores venidos de Alemania a Boston hacia fines del siglo pasado. Al igual que sus personajes, se muestra como un conversador elegante y racional, de insidiosa inteligencia. Elige cada palabra, cada pausa, cada silencio, como el caballero selecciona las armas perfectas para el duelo de la mañana siguiente. La suya es la voz de un pensamiento que maquina, tanto como los conspiradores de *Julio César*, considerada una de las mejores adaptaciones cinematográficas de la obra de Shakespeare, o la ominosa Katharine Hepburn de *De repente en el verano*, posiblemente el mejor Tennessee Williams que haya dado el cine.



"Una Eva y dos Adanes", de Billy Wilder.



Las armas de Wilder son, a su turno, la ironía ácida y contagiosa, el comentario aparentemente casual: "Hollywood es una ciudad donde, con las tiras de piel que se cortaron del rostro de una sola estrella, se podrían rehacer cuatro o cinco estrellas". Conviene tomar en serio a quien nunca se tomó nada demasiado en serio, alguien capaz de ver como nadie aquello que todos miran sin ver: "Marilyn tenía un don extraño, que hacía que su carne fuera directamente absorbida por la cámara, reflejándose luego en la pantalla como auténtica *carne* que se podía palpar, una imagen más allá de la fotografía". Sabe de lo que habla quien ideara la imagen más mítica de la Monroe, aquella de la falda levantándose, en *La comezón del séptimo año*: "Dirigir a Marilyn era como arrancar dientes".

Que un volumen de conversaciones evoque con fidelidad esas voces, de uno y otro lado de la ficción, no parece sino el ideal al que este tipo de libro puede aspirar. Que esas voces vengan acompañadas de un material fotográfico de primera permite reproducir, casi, el propio milagro del cine, al fin y al cabo no otra cosa que la reunión de unas voces y unas imágenes, en busca de sentido.

HORACIO BERNADES

LA GUERRA

Junto con "Desde el jardín", el libro más famoso de Jerzy Kosinski es "El pájaro pintado", una novela que siempre se consideró –con la silenciosa aceptación de su autor– autobiográfica. En ella Kosinski cuenta una sucesión de atrocidades que sufre un niño de seis años durante la ocupación alemana. Pero el mito de vida terminó hace poco cuando una periodista polaca publicó un libro en el que sostiene que Kosinski pasó la guerra más o menos apaciblemente y que nunca fue maltratado, como permitió inferir. James Park Sloan, quien trabaja en una biografía del escritor que se suicidó en 1991, viajó a Polonia en busca de la verdad, y aquí cuenta su experiencia.

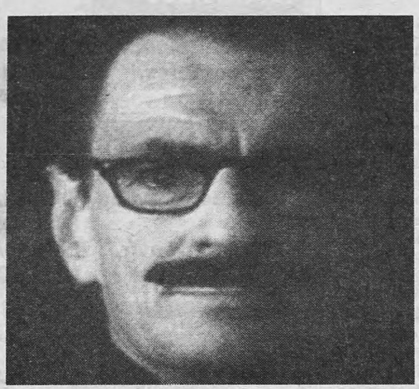
JAMES PARK SLOAN

Jerzy era un gran mentiroso", comentó Agnieszka Osiecka, la más importante de las compositoras pop de Polonia y una figura familiar en los círculos intelectuales polacos, mientras alternaba un traguito de Coca-Cola y uno de cerveza en la vereda de un bar en Varsovia. "¿Y qué?"

Osiecka respondía así a una revelación que hizo la periodista polaca Joanna Siedlecka, quien sostuvo que Kosinski, el sobreviviente del holocausto más famoso de Polonia, falseó enormemente sus experiencias en la guerra. Según Siedlecka, Kosinski pasó los años de la guerra en circunstancias, si bien no idílicas, bastante apacibles y que nunca fue significativamente maltratado. Contradice así la versión oficial de su vida durante la ocupación alemana, que se consideró siempre apenas disimulada en su primera y clásica novela, *El pájaro pintado*. Las revelaciones de Siedlecka levantaron una tempestad en los cafés de Varsovia y los intelectuales polacos no dejaron de establecer sus posiciones al respecto desde que se difundieron.

Con una prosa despojada, sin inflexiones, *El pájaro pintado* describe las desgracias que marcaron la vida de un chico de seis años separado de sus padres que recorre la antigua frontera polaco-soviética durante la guerra. Los campesinos con los que se encuentra el niño demuestran una preferencia extraordinaria por el incesto, la sodomía y la violencia gratuita. Uno de ellos, trabajador de un molino, le arranca los ojos al potencial amante de su esposa. Una pandilla empuja al niño, al que se presume gitano o judío, bajo el hielo de un lago congelado. Un granjero lo obliga a colgarse, manos atadas, desde una viga, apenas fuera del alcance de un perro furioso. En la escena culminante del libro al chico se le cae un misal mientras asiste al cura durante una misa y los feligreses enojados lo arrojan en un pozo de estiércol. Al salir del hoyo, advierte que ha perdido el habla. El título del libro –y su metáfora siempre presente– deriva de un personaje infradotado llamado Lekh, quien se entretiene cazando pájaros salvajes, pintando sus plumas de colores brillantes y liberándolos para que en el cielo los picoteen los de su propia especie.

"Escrito con profunda sinceridad y sensibilidad, este intenso relato trasluce confesión", escribió Elie Wiesel sobre la novela. Cuando Kosinski se suicidó en 1991, Wiesel recordó: "Yo había pensado que era ficción, y cuando él me dijo que era un texto autobiográfico rompí esa reseña y escribí otra, mil veces mejor".



Jerzy Kosinski caracterizado para una sesión de fotos con Czeslaw Czaplinski, quien lo retrató poco antes de su suicidio en 1991.

La bibliográfica de Wiesel glorifica la obra como un válido testamento del holocausto, más revelador –más *verdadero*, en un sentido– que la literatura salida de los campos de concentración. Otros escritores y críticos se sumaron a esa opinión. Harry Overstreet escribió que *El pájaro pintado* "se ubicará al lado del inolvidable *Diario* de Anna Frank como un documento poderoso, conmovedoramente humano". Lo que hacía de *El pájaro pintado* un libro tan importante era su subyugante autenticidad. Quizá no era exactamente un diario –los chicos de seis años no escriben diarios– pero era lo mejor que se podía encontrar después de eso. Y en otro aspecto era aún mejor: Kosinski era Anna Frank sobreviviente.

El pájaro pintado fue traducido a casi todas las lenguas principales y a muchas menos importantes. Fue un best seller en Alemania y ganó el premio al mejor libro extranjero en Francia. Se convirtió en la piedra angular de las bibliografías de los estudios sobre el holocausto en las universidades, donde se lo trató más de una vez como un documento histórico y, en consecuencia, para una generación fue la fuente de lo que mucha gente "sabe" sobre Polonia bajo la ocupación alemana.

EL QUE CALLA, OTORGA. Decir que Kosinski nunca sostuvo que los hechos descriptos en *El pájaro pintado* eran pura verdad es como decir que Jesús nunca afirmó ser el hijo de Dios. Puede ser correcto en un sentido estrecho, legal, pero si se construyó semejante edificio fue sobre la creencia de que las sutilezas legales eran un punto discutible. Las vueltas que daba Kosinski cuando ocasionalmente hablaba del tema solían explicar de un modo tortuoso que el libro describía un conjunto de experiencias vividas en un idioma y "descongeladas" por su expresión en otro.

Ciertamente Wiesel y los otros críticos no eran los únicos que creían que el libro era, en lo esencial, autobiográfico. Los amigos que recuerdan a Kosinski durante sus primeros años en Estados Unidos lo evocan contando las historias que aparecen en *El pájaro pintado* como la verdad literal de su experiencia en la guerra. En la última década de su vida, en artículos publicados desde 1981, Kosinski repitió los elementos básicos de su relato de la guerra: que sus padres lo dejaron al cuidado de un hombre que supuestamente lo iba a ubicar con una familia pero que abandonó al niño de seis años en un pueblito en Pripet Marshes y se quedó con buena parte de los ahorros familiares.

Según el libro de Joanna Siedlecka –cuyo título, *Czarny Ptasior*, traducible como *El mirlo feo*, juega con el de la novela de Kosinski–, los angustiantes relatos que Kosinski hace de sus experiencias durante la guerra fueron fabricados. Sobre la base de conversaciones con habitantes de la ciudad polaca de Sandomierz y de un pueblo cercano, Dabrowa Rzeczycka, ambos a escasa distancia de Pripet Marshes, Siedlecka afirma que Kosinski pasó la guerra con su familia (su madre, su padre y, tiempo después, un hermano adoptado) y que vivieron con confort y relativa seguridad.

Los Kosinski sobrevivieron, sugiere la autora, en parte porque el padre de Jerzy Kosinski, cuyo nombre original era Moisés Lewinkopf, vio venir los tiempos difíciles y a través de falsos papeles cambió el nombre familiar al más común y cristiano de Kosinski. Pudo hacerlo en parte porque tenían dinero (proveniente del negocio textil y de cueros) y podían pagar su protección con efectivo y joyas, y en parte porque una red de polacos católicos, corriendo gran riesgo, los ayudó al esconderlos.

Siedlecka retrata a Kosinski padre no meramente como un sobreviviente astuto sino como un hombre sin escrúpulos. Escribe que pudo haber colaborado con los alemanes durante la guerra y que es muy probable que haya ayudado al *NKVD* (el antecedente del KGB), luego de que el Ejército Rojo liberara Dabrowa, en el envío a Siberia –por faltas menores, como acapa-

MAS FAMOSO, FALSEO SU EXPERIENCIA BAJO LA OCUPACION ALEMANA

DE JERZY KOSINSKI

rar– de algunos de los mismos campesinos que salvaron a su familia. Pero su verdadero desprecio lo reserva para el hijo, que dio la espalda a quienes salvaron a su familia y los vilipendió, a la vez que al conjunto de la nación polaca, ante los ojos del mundo. El núcleo de lo que revela Siedlecka es su descripción del pequeño Jerzy Kosinski durante los años de la guerra comiendo salchichas y tomando cacao –alimentos inalcanzables para sus vecinitos– en la seguridad de su casa, asomándose sobre el cerco con indiferencia, aunque quizá también con tristeza, para mirar cómo jugaban los otros chicos.

Cuando llegué a Polonia, no hace mucho, para dirigir la investigación en qué basar una biografía de Kosinski, advertí que había caído en medio de una furiosa discusión literaria. La *Gazeta Wyborcza*, uno de los principales diarios de Varsovia, había publicado un artículo de página entera vapuleando *El mirlo feo* y la opinión de los intelectuales de la ciudad se inclinaba contra Siedlecka. En busca de una explicación consulté a Ryszard Matuszewski, un reconocido crítico polaco que ha pasado los ochenta años. "Siempre tuve la opinión de que *El pájaro pintado* era pura fantasía. Nunca me interesó demasiado. Pero Siedlecka –advirtió– no logró hallar la clave del asunto".

Otro escándalo, de menor escala, estalló hace poco cuando dos hombres que tenían motivos para estar de algún modo en deuda con Kosinski –el director de un museo que había trabajado con él y un cura que había recibido un premio que se otorga en memoria de Kosinski– participaron de un encuentro literario en honor de Siedlecka. Tad Krauze, profesor de sociología y el amigo más íntimo de Kosinski antes de que emigrara, me dijo que Kosinski "traicionó un gran ideal".

¿Por qué gente que tenía lazos personales con Kosinski se volvía en su contra? ¿Y por qué tantos intelectuales a los que nunca les había importado Kosinski ahora lo defendían con tanto énfasis?

Las respuestas a ambas preguntas son más políticas que literarias. Los intelectuales internacionalistas y antimarxistas tendían a estar a favor de Kosinski, o al menos en contra de Siedlecka, dado que los nacionalistas y los polacos con raíces en el pasado marxista tendían a estar con Siedlecka. Para ambos bandos, el problema estaba en los límites entre los hechos y la ficción. Kosinski escribió novelas que desafiaban al lector a creer que eran verdaderas y que no lo eran. Pero nunca el límite entre los hechos y la ficción fue tan problemático como en *El pájaro pintado*. Negar su contenido de verdad parecía implicar que se negaba también el horror de la ocupación alemana.

La primera edición del libro tenía un epílogo que parecía conectar al niño protagonista con el autor: el chico crece para descubrir que vivir en el régimen comunista del Este europeo de posguerra es tan duro como vivir huyendo de los nazis y de los campesinos degenerados. Siempre "pájaro pintado", marcado por la persecución de la multitud indiferenciada, cruza el océano y se convierte, presumiblemente, en el escritor del libro. Algo clásico en Kosinski: ese tipo de declaración anárquicamente individualista que hizo de él un hombre tan inquietante y atractivo. En sus palabras el holocausto no es el ataque a un grupo sino algo aún más aterrador: un ataque a la integridad del yo. Como tal, razonablemente se lo puede conectar con el totalitarismo del régimen comunista.

La recepción del libro en Polonia provocó el efecto de reunir a nacionalistas, comunistas y antisemitas –que no eran escasos en la Polonia de 1965– en una coalición anti-Kosinski. Las autoridades comunistas se lanzaron ciegamente al ataque. Por todo el país se enviaba a los periodistas en busca de información que desacreditara las experiencias de guerra de Kosinski, un esfuerzo que tuvo poco éxito. De todos modos, entre 1966 y 1968 en los diarios polacos se publicaron urticantes críticas del libro y de su autor. Tan torpes eran esos ataques que quienes apoyaban a Kosinski podían citarlos en su defensa. Semejantes enemigos, argumentaban, hacían honor a Kosinski.

Siedlecka examinó esas notas publicadas en los sesenta. Rastreó nombres, actualizó domicilios y partió hacia el pueblo de Sandomierz para localizar a personas que habían conocido a los Kosinski durante la guerra. Y encontró lo que buscaba: los Kosinski habían estado allí.

Algunas partes de *El mirlo feo* pueden ser leídas como un folleto que intenta reivindicar el honor polaco ante acusaciones como las de *Shoah*, de Claude Lanzmann. He aquí –parece decir Siedlecka– la verdad que se esconde tras una de esas historias sobre el antisemitismo en Polonia, y prueba que los polacos no eran tan terribles: de hecho, los polacos salvaron judíos y sin embargo los judíos dieron media vuelta y les hicieron daño. Los críticos de Siedlecka reconocieron su postura como muy familiar. Para ellos, su libro resultó una especie de prolongación de la campaña anti-Kosinski dirigida por el oficialismo polaco de fin de los sesenta. Su proyecto, además, olía a malicia ideológica: en su celo por defender a Polonia, y condenar a Kosinski, la autora parecía subestimar la presencia del antisemitismo polaco. Sin refutar sus descubrimientos más importantes, los críticos consideraron que Siedlecka no fue lo suficientemente escéptica ante buena parte de la evidencia que acumuló, especialmente en el tema de la colaboración de Kosinski padre.

EN LA POLONIA PROFUNDA. Temprano en la mañana del 8 de junio, tras una parada en Lodz, tomé el tren hacia Sandomierz acompañado por Agnieszka Kmin, mi asistente en la investigación, que estaba haciendo su posgrado en Lodz. Durante ocho horas el tren se arrastró hacia el sudeste y a su marcha la vista en nuestra ventana retrocedía en el tiempo. Sandomierz es una localidad medieval ubicada en una colina sobre el Vístula, a unos ciento cuarenta kilómetros de la frontera con Ucrania. Nuestro contacto allí era un guía turístico llamado Zenon Pas, un hombre bajo, con mirada de halcón, en el final de su cuarta década. Sus movimientos traslucían impaciencia y energía, que en esa ocasión iban a estar a mi servicio. Sin embargo, antes de que pudiéramos comenzar tuve que pasar por un rito de iniciación. Apareció otro hombre, que se presentó como un periodista local y me preguntó si me molestaría ser brevemente entrevistado. Tras diez minutos de mutuas preguntas, comenzó a indagar con insistencia sobre mis orígenes. Kmin y yo intercambiábamos miradas de extrañamiento. "Creo que quiere saber si usted es judío", me observó. Con la impresión de ser cómplice de algo siniestro le informé que soy un escocés protestante. La entrevista terminó suave e inmediatamente.

Pas nos hizo visitar las diferentes casas en las que habían vivido los Kosinski en Sandomierz. Como un guía turístico, Pas nos señalaba los puntos de interés: una casa alguna vez ocupada por los Salamonowicz, un edificio donde la Gestapo hacía los interrogatorios, una plaza durante años cerrada como ghetto judío. Luego nos condujo hasta una cabaña donde, nos contó, su abuela había ocultado a los Kosinski durante dos veranos. Desde allí nos llevó al Archivo Estatal de Sandomierz –que en su momento fue una sinagoga, pero ya no hay comunidad judía en la ciudad– a estudiar unos documentos, algunos de ellos firmados por su abuela, otros que se referían a los Kosinski por su nombre anterior a la guerra, Lewinkopf.

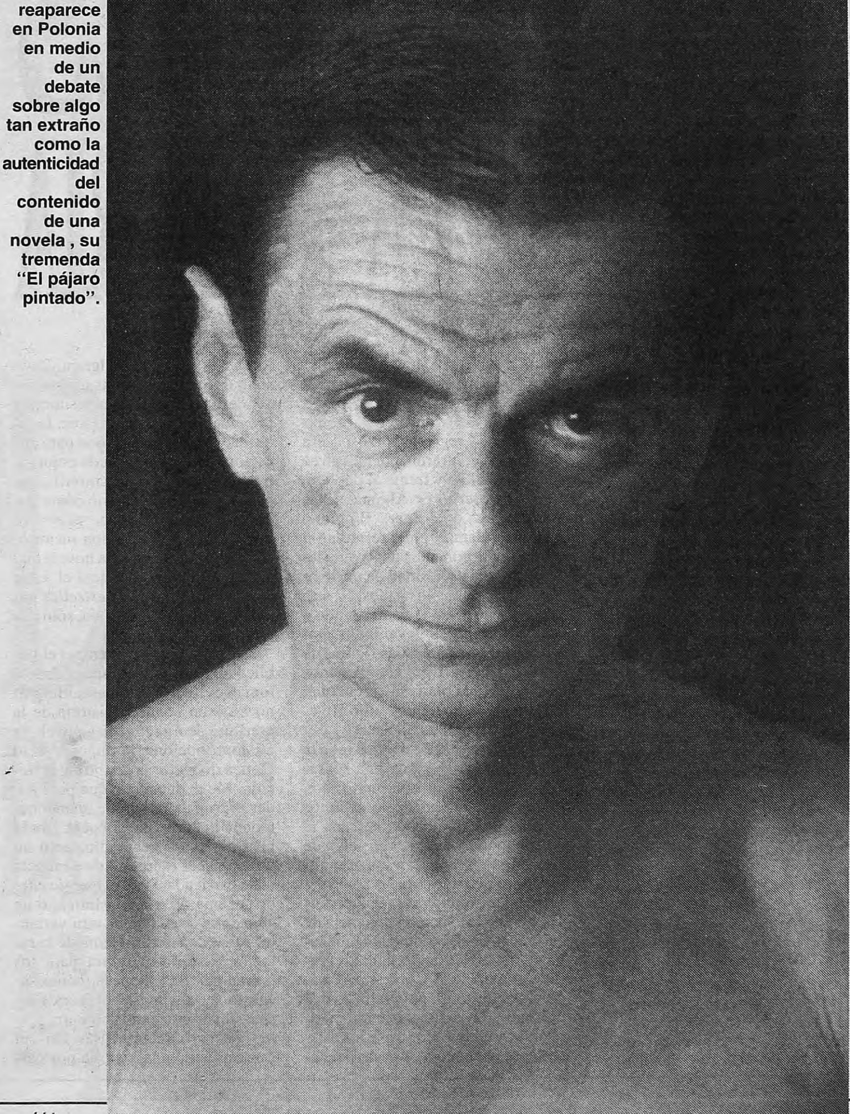
Por entonces yo ya había advertido que la abuela de Pas, Marianna Pasiowa, era la mujer que Kosinski había transformado en Marta, la campesina supersticiosa a quien confían al niño en el primer capítulo de *El pájaro pintado*. Según los vecinos, la verdadera Marianna Pasiowa, humilde esposa de un labrador que vivió en una cabaña con techo de paja, no sólo ayudó a la familia Kosinski sino también a otros judíos.

Al día siguiente fuimos con Pas a Dabrowa Rzeczycka, una localidad ubicada a unos veinte kilómetros, virtualmente en la sombra del centro industrial de Stalowa Wola. Situada en la orilla del río San, cerca del bosque Janow, Dabrowa –donde se refugiaron los Kosinski cuando los alemanes aumentaron su presión sobre Sandomierz– rara vez aparece en los mapas. Allí hablé con Stefania Woloszyn y Edward Warchol, los hijos del propietario de unos campos que les alquiló una casa a los Kosinski durante los dos últimos años de la guerra. Ellos confirmaron enteramente el relato de Siedlecka y repitieron la afirmación de que luego de la guerra Kosinski padre delató ante la policía política soviética a varios vecinos.

Warchol no lograba entender por qué en Varsovia el libro de Siedlecka armó tal revuelo: en su opinión, sencillamente, dice la verdad. *El pájaro pintado* fue un shock para él. "Nosotros les salvamos la vida y él nos hizo aparecer como monstruos", balbuceó entre lágrimas. Varios hechos descriptos en *El pájaro pintado* tienen su origen en Dabrowa. Allí, por ejemplo, el pequeño Jerzy Kosinski fue atacado en la superficie de un lago helado por una pandilla que le quería bajar los pantalones y quizás algo más; Warchol, por entonces un joven de diecisiete años, se lanzó a su rescate. En privado me aseguró que Kosinski nunca fue arrojado bajo el hielo.

LA VERDAD DE LA MENTIRA. *El pájaro pintado* es ficción. Kosinski reprodujo en él atrocidades padecidas por otros, o quizá las inventó. De todos modos, ¿descubrir que el texto es ficción mucho más allá de lo que Kosinski dejaba entender justifica que los lectores que se conmovieron con el libro se sientan engañados? La verdadera historia de Kosinski pudo haber sido, a su manera, exactamente igual de difícil que la que se cuenta en *El pájaro pintado*. ¿Pero hubiera tenido la misma popularidad el relato de las formas múltiples, aunque menos dramáticas, de agresión a un judío en el campo polaco? Kosinski transmutó la experiencia de sus años de guerra en una versión del argumento más primitivo y universal: él era el héroe y la víctima; todos los demás eran los villanos. El problema se presentó cuando otros tomaron su texto. Para muchos grupos necesitados de un mito gobernante, era demasiado conveniente. Expresaba lo que *podría* haber sido verdad tanto sobre la ocupación alemana como sobre el régimen marxista.

Tal vez sólo les competa a los historiadores la tarea de reafirmar la irritante complejidad de los hechos contra la complaciente simplicidad del argumento de un relato. Si el novelista alteró sus experiencias para hacerlas compatibles con un mito personal, la narración resultante llegó a oídos receptivos. Ciertamente se trataba de un mito que el mundo, que exige a sus víctimas ser puras e inocentes, estaba más que listo para adoptar. Ahora todos deben declamar su asombro de que un profesional de la mentira, un hombre que sobrevivió a la guerra viviendo una mentira, contara mentiras.



Kosinski reaparece en Polonia en medio de un debate sobre algo tan extraño como la autenticidad del contenido de una novela , su tremenda "El pájaro pintado".



Eduardo Belgrano Rawson, Juan José Saer, Laura Corral (de la Universidad Nacional del Litoral), Andrés Rivera, Jorge Ricci (de la UNL, también) y Leónidas Lamborghini.

ENCUENTRO DE ESCRITORES EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

FICCIONES EN LA HISTORIA

Juan José Saer, Leónidas Lamborghini, Andrés Rivera y Eduardo Belgrano Rawson compartieron la semana pasada, además del insoportable calor, una serie de charlas sobre la relación entre la historia y la literatura en la Universidad Nacional del Litoral. Miguel Russo participó del encuentro en el que los cuatro reconocieron la fuerte presencia que tiene en sus obras la política reciente y pasada, sin perder –ni por el clima ni por el tema– el humor.

MIGUEL RUSSO,
desde Santa Fe

Es muy común observar dentro de la literatura argentina de la última década una recurrencia en los hechos históricos como principal trama argumental. Esta instalación abrió un nuevo discurso a la vez que innumerables interrogantes que podrían sintetizarse en una pregunta: ¿cómo se relaciona la narrativa actual con los sucesos históricos y políticos acontecidos? Para tratar de dirimir esta cuestión, la Dirección de Cultura de la Universidad Nacional del Litoral organizó la semana pasada un ciclo de exposiciones bajo el título *La política y la historia en la ficción argentina*. Se invitó al poeta Leónidas Lamborghini y a los narradores Andrés Rivera, Eduardo Belgrano Rawson y Juan José Saer quienes, reunidos en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la ciudad de Santa Fe, trataron de demostrar, según sus particulares puntos de vista, la posibilidad o no de la unión de dichos términos.

Más de cien personas colmaron durante poco más de dos horas, y a lo largo de los cuatro días, el aula Juan Bautista Alberdi –la misma en la cual, meses antes, uno de los grupos de constituyentes había discutido los artículos de la nueva carta magna argentina–, para escuchar las ponencias de los escritores allí reunidos.

El fuego lo abrió a las diez de la noche del miércoles Leónidas Lamborghini con una afirmación: "La política y la historia, o si se quiere la historia política del país, son una constante presión sobre la escritura". El autor de *El solicitante descolocado* y *Odiseo confinado* manejó la relación historia-literatura a partir del eje del uso de la parodia. Siguiendo los postulados de Federico Nietzsche en *La gaya ciencia* –la parodia como anunciadora de la tragedia– y de Carlos Marx, para quien la historia se repetía en forma de parodia, Lamborghini ubicó su literatura como paródica de la gauchesca para utilizarla como caricatura que muestra, descarnadamente, la verdad del modelo. "Hay que asumir la distorsión y devolverla multiplicada –dijo–, ya que la presunta perfección del modelo, sea político, histórico o literario, es decir definitivamente social, deja caer su careta cuando aparece el parodista." Como material en el cual documentarse prefirió los textos históricos de Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche y Hernández Arregui.

Al día siguiente, Andrés Rivera habló de la sinrazón de la novela histórica (si se toma como tal a los escritos de Walter Scott o de Alejandro Dumas), pero afirmó que la historia era un tipo de ficción del cual se pueden aprender muchas cosas. En clara alusión a *La revolución es un sueño eterno*, Rivera se manejó con precisas definiciones: "Los hombres hacen la historia sin saberlo. Esa misma historia le dio la espalda a Juan José Castelli (personaje central de la novela) porque no podía hacer otra cosa, ya que se detuvo mucho más en los intereses de los otros próceres de Mayo". El Premio Nacional de Literatura explicó que trata de moverse dentro de la ficción con los mismos parámetros que lo hacía William Shakespeare, quien narró la época de los Estuardo y los Windsor sin hablar de la historia. "Es imposible encontrar al verdadero Castelli en los manuales de historia –continuó Rivera–. Ni en los liberales ni en los revisionistas. Por eso me quedé satisfecho en la ficción. El dato del orador de la Revolución que muere por un cáncer de lengua puso en marcha al narrador que yo puedo ser. No quise cambiar el nombre del personaje, aunque lo podría haber hecho sin perjudicar la narración, pero no hay que deducir de ello que, por hablar de Castelli, la obra se transforma en una novela histórica. La historia, en realidad, es una lectura de sí misma."

Por una cuestión de compromisos previos y regresos forzosos, esa noche se encontraron, por única vez durante el ciclo y frente al público, los cuatro escritores. Algunas de las acotaciones que Saer, Belgrano Rawson y Lamborghini formularon al final de la ponencia de Rivera demostraron la diversidad de estilos e ideologías de los invitados. Rivera no se quedó atrás y, contrariando a los historiadores levantados por Lamborghini,ensalzó las figuras de Tulio Halperin Donghi ("Algunos pasajes de sus obras me recuerdan a la prosa de Faulkner", dijo Rivera) y José Luis Busaniche.

Un apagón que dejó a casi toda la ciudad a oscuras y con una sensación térmica –a falta de energía con la que hacer funcionar los aparatos de aire acondicionado– cercana al delirio motivó que la exposición de Eduardo Belgrano Rawson, programada en principio para las 21.30 del viernes, se produjera el sábado, a las 10, junto a la esperada ponencia de Juan José Saer. Aunque a la mañana siguiente la luz no había regresado al aula de la Universidad Nacional del Litoral, ni la falta de micrófonos ni la asfixiante temperatura aplacaron los ánimos de los asistentes al encuentro. A pesar del calor, las posturas de Belgrano Rawson y de Saer fueron más sueltas que las de los anteriores expositores y provocaron, más de una vez, la hilaridad del público. "No sé para qué estamos acá, transpirando copiosamente, si ya todo fue dicho en la reunión de ayer. Rivera dijo cómo trabajó sus novelas. Lamborghini dijo que los historiadores son mentirosos y Saer afirmó que la novela histórica no existe", anunció el autor de *El náufrago de las estrellas* como para dar por terminada, sólo con esa frase, su ponencia.

De todos modos, mientras el público no sabía si continuar riendo o tomarse en serio su síntesis, Belgrano Rawson contó la historia de la escritura de *Fuegia*. "Esa novela es mi contribución a la imposibilidad fáctica de reunir la historia y la ficción. Me di cuenta de que para poder escribirla tenía que abandonar toda la historia que conocía. Era la historia de un genocidio, pero no quería hacer literatura de denuncia ni de barricada. Por eso *Fuegia* puede ser una novela romántica, o de aventuras, o cualquier otra variante. El verdadero problema de la relación historia-literatura para los narradores es, entonces, cómo sacarnos de encima la primera para desarrollar la segunda. Por otra parte –concluyó Belgrano Rawson–, el acercamiento a la historia por parte de los escritores es a través de los hechos como los vio la mucama y no como los pudo observar el gobernador".

Fue el turno, entonces, de Juan José Saer. El autor de *Cicatrices* tomó el último sorbo de agua a temperatura natural, trató de encontrar un poco de aire para inhalar y comenzó con sus verdades: "Los estímulos para escribir literatura pueden venir de cualquier lado. El objetivo primordial del escritor es crear un mundo de ficción que puede parecer falso o tergiversador de la realidad en tanto el sentido que persigue es diferente al que busca la investigación histórica. Esa supuesta falsedad es la verdad de la ficción, la que tiene que ver más con el mito que con la historia. Los criterios de verdad de los hechos sociales o históricos van creando la ciencia histórica a lo largo de los siglos".

Artillería pesada, el centenar de personas tomaba notas de las opiniones de Saer, tratando de no perder ninguna de las palabras del autor de *La pesquisa*. "El mito y la historia no son antagónicos, sino dos concepciones distintas de la representación del mundo. La ficción está más cerca del mito. Una de las primeras dificultades con las que se tropieza en la literatura que pretende tomar un hecho histórico para narrar es encontrarse con demasiados datos. Por ejemplo, para la escritura de *El entenado* me bastaron las veinte líneas que Busaniche dedicó a Francisco del Puerto. Con esto queda claro, al menos para mí, que la novela histórica no puede existir, ya que si su objetivo es reconstruir o desentrañar la historia es imposible hacerlo con los métodos de la ficción."

La mesa de periodistas, programada para cerrar el encuentro y en la cual estuvieron presentes Jorge Conti (de Radio Universidad) y Rogelio Alaniz (del diario *El Litoral*), brindó una síntesis de las cuatro exposiciones, con la cual se puso puntos suspensivos a la complicada relación entre historia, política, ficción, escritores y público. Por lo menos hasta el próximo ciclo